alberto
macedo



La vida íntima de Haya de la Torre

EDICIONES POPULARES

1963

alberto macedo

La Vida Intima de

Haya de la Torre

EDICIONES POPULARES

1 9 6 3

A todos los mártires populares
de mi patria.

Printed in Lima — Perú

ORGANIZACION GRAFICA VICTORIA
Esmeraldas 706

UNAS PALABRAS

La vida de Haya de la Torre dejó de ser, desde hace mucho tiempo, parte privada de él mismo. Y no la es, simplemente, porque comprometió demasiado al pueblo y por su causa murieron miles de hombres útiles al Perú. Por otra parte, él mismo quizo que "todo lo que aconteciera en la vida nacional fuera llevado a la luz pública", porque —según afirmaba— lo que pertenece al pueblo no puede ni debe ser ignorado. La vida de un conductor —y Haya fue un conductor, aunque fracasado—, es como el presupuesto de una Nación; no puede ni debe tener cuentas oscuras.

De esta suerte, y teniendo en cuenta sus mismas palabras y sentencias, recojemos el presente relato —de un conocido autor— que, a modo de confesiones íntimas, las deja para la historia. Ellas, como constatará el lector, tienen mucho de parcialidad, pero nadie podrá negarles que están escritas con pasión, tal si hubieran sido el producto de un amor inconfesable.

Las palabras vertidas por el autor tienen una mezcla de sincera investigación y también de ENAMORAMIENTO vergonzante. Haya despertó en él un extraño cariño que bien puede catalogarse de anormal, sobre todo por la composición física y moral de los personajes en juego. Al publicarlo y poner a disposición de los lectores estos alcances sutiles pero no ausentes de tendencia y califica-

ción, el lector puede o no participar de las conclusiones a que llega el autor de las notas que conforman este pequeño libro. Es vox-populi que Haya de la Torre es invertido en potencia, no porque se tenga PRUEBAS CONCRETAS de su homosexualidad, sino simplemente por la conducta de su propia vida.

A Víctor Raúl Haya de la Torre no se le conoce ningún amor o romance con alguna mujer que no sea la nombrada por los elementos más allegados al Apra. Es un raro solterón que gusta de relacionarse con elementos de conducta sospechosa. Sus grandes amigos como Marianito Prado, como Bielich, como Cisneros Sánchez, como su devota admiración por Oscar Wilde y tantos otros raros seres no definidos ni polarizados sexualmente, nos permiten llegar a la conclusión de que Haya de la Torre no es un hombre normal, sino un caso especialísimo, excepcional, con tendencias lindantes con lo inconfeso.

No es nuestra culpa que Haya de la Torre no haya probado ante el país que efectivamente era todo un hombre, cabal, por sus cuatro costados. El hecho de que utilizara métodos matonescos para acallar a sus opositores o que él mismo usara de los puños para hacerse respetar, no son indicios suficientes de varonía tal cual la entendemos en el Perú. Es decir, que le gusten las mujeres y que conviva con ellas.

Podría aceptarse que no tuviera hijos, porque hay maricas que los tienen. En Lima existen varios ejemplos. Pero Haya de la Torre no los ha querido tener porque no se le conoce mujer alguna en quien los haya procreado, por otra parte el desprecio palpable que siente hasta la fecha por todo

lo que significa femenino es prueba por demás difícil de soslayarse. Que le guste o no las mujeres es cosa que a él corresponde, claro está; pero acontece que Víctor Raúl Haya de la Torre se metió a conductor de la revolución peruana y, como tal, le estamos juzgando. Y lo juzgamos ahora en que su vida está por terminar, porque el juicio se hace, siempre, cuando el ser humano ha fracasado.

Está probado ,entonces, que los hombres sin definición sexual no están capacitados para conducir pueblos hacia su liberación definitiva. Los pueden entretener y prometer muchas cosas, pero llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias, nó. Para ello es imperativo que el hombre conductor sea, como lo dijo el propio Manuel Seoane, "un hombre con su mujer al lado, en el día y en la noche". Y nadie puede decirnos que Haya de la Torre ha hecho vida marital, de este modo.

Por cierto que, poniéndonos incluso en todos los planos y en todas las épocas —por ejemplo, la griega en donde era virtud y buen gusto tener como amantes a elementos del mismo sexo—, criticamos aún así a Haya de la Torre, y no lo aceptamos tal cual es porque ha corrido mucha sangre por su culpa y por sus errores. Macho o marica lo cierto es que fracasó; y fracasó no porque sus ideas o sus planteamientos fueron incorrectos, nó; fracasó simplemente porque fue un indefinido sexual, un raro ejemplar humano que no era y era al mismo tiempo.

Las pruebas de su fracaso tremendo están ahí. El país estuvo detenido miserablemente durante cerca de cuarenta años porque durante esa época maldita los maricones —de derecha e izquierda— estuvieron a la cabeza de sus respectivas agrupaciones.

Todo el Perú recuerda con asco que eso ocurriera. ¿Quién no tiene presente que en el primer Gabinete del desgraciado segundo gobierno de Manuel Prado los homosexuales estaban casi en mayoría en el ejecutivo del llano como en el ejecutivo del poder?

Si Haya de la Torre hubiere llegado al poder como ha llegado en dos ocasiones su compañero de ideales y de causa partidarista, don Rómulo Betancourt, las cosas no habrían cambiado el hecho de que los indefinidos sexualmente no están capacitados, física y moralmente, para gobernar un país y, como menos, aspirar a manejar los gloriosos destinos de la revolución latinoamericana. Pero Haya de la Torre lo intentó y estamos palpando el doloroso fracaso en que se encuentra la izquierda peruana, fraccionada y debilitada porque Haya de la Torre arrastró a un pueblo tras sus ideales. El gran CAPITAN APRISTA perdió a su pueblo por su impotencia. No le pudo dar una salida correcta a su ejercicio humano porque el capitán era un gran indefinido sexual; no había puerto seguro para tan mal timonel. Allí, en los hechos históricos están las aplastantes pruebas.

El documento que hoy damos a publicidad y que corresponde a un relato íntimo —el diario de un revolucionario, anónimo, acaso— es significativo en cuanto descubre parte de la vida íntima de Haya de la Torre. Sus impresiones pueden ser o no ciertas, pero nadie podrá negar que ellas tienen valimento histórico porque citan personajes, hablan de hechos y, sobre todo, nos presentan al Jefe del Apra en aspectos que no se conocían. Tiene valor, pues, la publicación del relato ya que viene a

agregar unas notas más de luz sobre la enigmática personalidad sexual de Haya de la Torre.

Siguiendo las apreciaciones freudianas el caso de Víctor Raúl Haya de la Torre es digno de estudiarse. Tal la razón explícita de la edición de este libro que se supone, estará también sujeto a las controversias y al atropello. Lo sabemos. Pero es responsabilidad total del autor, cuanto pueda ocurrir. Las cosas que pertenecen a la historia deben ser colocadas ante la vindicta pública. Sólo el pueblo y nada más que el pueblo es el único llamado a dar su justo veredicto.

El problema en última instancia, no es un problema personal nuestro. El problema es de todos. Y más que de todos del propio Víctor Raúl Haya de la Torre. ¿No es acaso el gran culpable de la tremenda postración socio-económica de nuestro pueblo? ¿No es acaso el Apra, su partido, el que sigue prostituyendo la conciencia nacional con el falso canto de sirena que no agrada ni asusta a la oligarquía y a sus amos rubios? Es por esa razón que EDICIONES PUEBLO, juzga su deber trasladar el conocimiento público la VIDA INTIMA DE HAYA DE LA TORRE, como una de las vergonzantes historias de nuestros CONDUCTORES, que siguen hablando con los pobres y con los humildes de su dolor y su tragedia, y almorzando con los ricos en los dorados salones de sus francachelas y de sus prácticas inconfesables.

LOS EDITORES.

— I —

Conocí a Haya de la Torre en 1938. En ese entonces campeaba la dictadura de Oscar R. Benavides. Muy pocos eran los apristas que seguían leales a su Jefe. Cuando mucho cincuenta o sesenta eran los que sostenían todo el peso de la maquinaria clandestina. Jorge Idiáquez ya era un hombre fuerte dentro del partido y Haya prácticamente le obedecía en todo. Idiáquez era quien preparaba el rol de visitas clandestinas en las llamadas "bases" que no eran otra cosa que esquinas de cualquier barrio de Lima o el Callao.

Se había tejido tanta fama de su nombre y de su valentía que el conocerlo era arriesgado. De ser sorprendidos junto a Haya de la Torre, en ese entonces, significaba la prisión cuando no la muerte. El enlace que me permitió acercarme al Jefe del apra fue Luis F. Rodríguez, un joven alto, flaco como un Quijote criollo, de finos modales y de una cultura envidiable. A Luis F. Rodríguez se le consideraba desde ya como el hombre clave de la resistencia y uno de los más allegados a Víctor Raúl, "el viejo" como le decían casi todos.

No niego que el nerviosismo, la curiosidad, cierto contentamiento y la aventura por correr me tenían preocupado. Cuando estuve frente al Jefe me dí cuenta de que efectivamente era un hombre atrayente, que la leyenda que sobre él se había tejido era justa, pegada a la realidad. Su voz clara y sus ademanes enérgicos contrastaban con mi temor. Junto él estaba un dirigente estudiantil, el doctor Miguel Guevara Morán que, según recuerdo, pertencía al Ejecutivo del P.A.P. Detrás

de Haya se encontraba el líder obrero Pedro Rufasto ,asesinado en tiempos del primer gobierno de Manuel Prado.

No nos prestó mucha importancia en un comienzo, pero después a solicitud de Rodríguez fuímos llevados a uno de los refugios de los hombres de acción de ese movimiento. La casa recuerdo quedaba en la Avenida Arequipa a unas dos cuadras del cine que lleva su nombre. Era un elegante chalet que, según supe más tarde, pertenecía al señor Manuel Pérez León, rico ganadero que sostenía económicamente a los cuadros de resistencia.

Pérez León no había llegado aún a su casa. Cuando lo hizo nosotros ya estábamos sentados en la sala alrededor de Haya que, dicho sea de paso, no contestó a su saludo. En la sala se encontraban Pepe García Ronceros, Floro Barreto y un gordito movedizo e insolente llamado Roberto Martínez Merisalde. Tres dirigentes sectorales y un panadero consultaban sus problemas laborales con Haya y éste les explicaba que mucho antes que el deber sindical estaba el político, porque la lucha contra Benavides era una lucha contra la oligarquía "Luchar por salarios no resuelve el drama de ustedes —les decía—, es mejor que luchen por la captura del poder; así resuelven todo de un sólo viraje de timón".

Mientras Haya hablaba estuve observándolo atentamente. Se decía tantas cosas de él que quise seguirlo hasta en el mínimo movimiento de sus manos, sus brazos, su voz, su cuerpo. Yo deseaba saber si efectivamente Haya de la Torre era o no un homosexual. Le tenía frente a fren-

te; no sé si él se sabía observado por mí. Lo cierto es que desplazaba sin preocupación. Todo en él demostraba aplomo, seguridad. Cuando golpeaba su mano sobre el brazo del confortable el golpe caía como si fuera proporcionado por un boxeador.

Me habían dicho, también, que tenía poderes hipnóticos y que seducía a sus oyentes. Estaba pues preparado contra esos menesteres. Yo quería saber si Haya era o no un marica. Verlo ahí, en primera impresión, me resultaba difícil y contradictorio. "Este hombre no tiene nada de maricón. Todo lo contrario —me dije—; sus movimientos son varoniles, definitivos". Su aplomo era un mentís rotundo a lo que se decía de él.

Sin embargo —pensé allí mismo— puede estar fingiendo. Puede sospechar que le estoy observando. Si era un grande artista su actuación en escena tenía que cansarlo. Cuando deje la máscara, podré verle mejor. Le veré el secreto.

En eso pensaba durante mi visita y mi observación. No se cuántos minutos estuve contemplándolo obsorto. Creo que metí la pata puesto que de tanto mirarlo me enfrasqué en lo que decía. Su verbo atractivo, su fácil oratoria, la elegancia de sus frases felices, me llevaron a romper conmigo mismo. Empecé a sentir simpatía por la causa de ese hombre que tantas controversias había desatado en mi Patria. No sin razón se decía que por "Haya el Perú está en guerra".

No recuerdo qué es lo que hicieron los demás. Pero me parece que no se perdían una sola palabra del Jefe. Sólo una diminuta mujer, que nunca supe quién fue, ni cómo se llamaba, llevaba y traía café. Era como una dulce sombra que

ni al mover el azúcar producía ruído. Miraba à Haya con admiración, con respeto, casi como a un padre o a un santo. Por observarla un poco descuidé mi vigilancia sobre el gran actor que tenía al frente.

Al beber su café Víctor Raúl lo hizo con la mayor naturalidad. Su ancha mano ahogaba la diminuta taza. El dedo meñique no se levantaba con displicencia. No llevaba sortijas. Pero sus dedos largos tenían uñas bien cuidadas, cortadas con fruición tal si hubieran sido preparadas por mano de mujer.

Una cosa que me llamó la atención: su dentadura dispareja. Eran como los dientes de un ratón, casi todos en punta y hacia adentro. Tal vez por eso pronunciaba con demasiada claridad la **v** y la **s** en cualquiera de las palabras que emitía. Aprendí, en ese entonces, que esas letras tenían importancia insurgente sobre todo cuando tocaban la vida y la victoria. Recién pude constatar que Haya era quien había contagiado esa pronunciación especialísima a todos los jóvenes apristas universitarios. Había sido Haya y no la Universidad quen les enseñara a pronunciar las palabras correctamente.

Me ví de pronto también observado por Idiáquez. Su mirada tenía ternura, franqueza, humildad. De él me dijeron terribles cosas. Que era "un maldito, un abusivo, un pistolero barato que tenía acomplejado incluso a Haya de la Torre", sobre quien, afirmaron, ejercía diabólica influencia. Sus ojos casi me desarmaron. Sentí cierta vergüenza pues me supuse descubierto. Le sonreí en forma amigable para disipar cualquier mal

entendido. No se si lo logré esa noche. Su rostro permaneció impasible, casi frío. Luego recorrió con la mirada el salón, contempló una a uno y retornó a escuchar al Jefe. Sobre la sala reinaba el silencio más absoluto. Haya de la Torre pronunciaba sus alegatos o sus enseñanzas con voz baja, como para que no se escucharan afuera. No estábamos a media luz; todo lo contrario, había derroche de ella tal si quisieran mirarnos bien a todos.

La primera hora en casa de Pérez León se pasó velozmente. Ya en la segunda el que esto relata se había olvidado del mundo y se había convertido en el más incondicional de los partidarios del aprismo. La lógica con que hablaba Víctor Raúl fue aplastante y convincente. Era verdad cada frase suya respecto a la realidad nacional y latinoamericana. Claro que nadie le refutó. Naturalmente que ninguno de los que estaban presentes tenía capacidad para entablar polémica. Así y todo, Haya se me presentó como un gran dialéctico, con una inteligencia extraordinaria que, incluso, nada tenía que ver con su presunta homoxualidad. Marica o no, lo importante era que su verdad fue contagiante y sugestiva. Porque, en última instancia, lo que interesa a un pueblo es el camino que le señalan sus maestros o sus conductores. La verdad no es de quien la sostiene, sino de quien sabe utilizarla.

Después se despidieron los obreros. Jorge Idiáquez les pedía saliesen con sumo cuidado; de uno en uno; en dirección distinta. Así lo hicieron no sin antes abrazar efusivamente al Jefe del apra y éste les estrechara fuertemente, con calor, tal si no fuese a verlos nunca más. Esa impresión sub-

siste hasta ahora. Creo que Haya sabía que el precio de su causa era muy costoso para la clase trabajadora del país. En cada brazo nacía un mártir o un traidor. Lo sabía muy bien y, acaso, si hasta la fecha ese peso de conciencia le acompaña como una dura acusación contra el insólito viraje de su partido.

Quedamos en la sala unos pocos. El Jefe nos dijo que le preguntáramos lo que quisiéramos pues tenía dispuesta la noche para los estudiantes universitarios.

Rodríguez Vildósola indicó que yo no era del partido y que solo deseaba conocerlo. Habló de mi persona con cariño y Haya estuvo conforme en que me lo presentaran, pese al peligro que entrañaba que un extraño conociera una importante base. Se confiaba en mi discreción y en mi palabra. El propio jefe del aprismo me dijo:

"Nosotros queremos que la juventud indoamericana ocupe su rol histórico en el proceso revolucionario de América y el Mundo. Para eso la estamos preparando. Necesitamos que los muchachos empiecen a respetar la palabra. A ser consecuentes con la confianza que el aprismo les otorga. Esta prueba que Rodríguez hace con usted —agregó—, en la que pone en juego la vida mía y la de los mejores hombres del partido, significa que vemos con buenos ojos su deseo de conocernos mejor. Ojalá que usted pase de simpatizante de nuestra causa a militante del SEA —sindicato de estudiantes apristas—, baluarte del aprismo que es nuestro orgullo y de donde están surgiendo los verdaderos dirigentes de nuestro movimiento. Ustedes serán los futuros conductores

de la Patria. Para ustedes trabaja el partido. Le invito personalmente a militar en nuestra causa".

Sin saber a ciencia cierta qué es lo que dije le prometí ingresar cuanto antes al aprismo. Supongo que la absoluta confianza que tuvieron en mí me obligó a dar ese paso trascendental. No niego que me invadió una sincera alegría y me llené de importancia. Al fin podía encontrar una justificación sublime a mi vida. Lo dije con palabras ahogadas por la emoción. Al hablar sólo atinaba a mirar la pequeña lamparita de luz ubicada en el rincón de la ancha sala. El silencio de la noche me parecía intenso y deseaba que me interrumpieran. Estaba ahogándome. De pronto sentí posarse la mano de García Ronceros sobre mi hombro y ello me agradó. Luego vino Haya y me abrazó. Lo mismo hicieron los demás compañeros. Solo Jorge Idiáquez quedó distante tal si sospechara que mi interés y mi confusión estaban más allá del aprismo. No lo sabía en ese entonces.

Afuera el Perú estaba en crisis. Millares de peruanos padecían persecución y cárcel. Muchas cruces marcaban la huella del aprismo en su lucha por el poder. Las ruinas de Chan-Chan seguían siendo la sombra más tenaz contra el oprobio. Las revoluciones de Cajamarca, la de Ayacucho, la de Huaraz, la de Huancavelica servían de palancas para buscar la revolución definitiva. Haya allí, junto a nosotros, hablando con pasión de la imperativa redención del pueblo peruano, nos insuflaba valor y, sobre todo, necesidad de buscar lo heroico para cambiar el curso de la historia.

¿Tenía importancia que en esa noche inau-

gural para mi patriotismo revolucionario tuviera curiosidad sobre la conducta íntima de Haya de la Torre? Suponiendo que fuera homosexual su causa era más bella que su propia debilidad personal. Eso me dije. ¿Pero, lo es en verdad? Tal, mi ambiciosa interrogante. Creo que esa tremenda e inexorable curiosidad me llevó a ingresar al aprismo. Eso me dije sin saber que, por el tráfago de una lucha indetenible, me iba a olvidar de mi objeto primordial para entregarme a la contienda más allá del aprismo y de su discutido jefe.

— II —

Volví a ver a Haya de la Torre al mes siguiente. Fuí sometido a varias pruebas para demostrar mi espíritu combatiente y mi grado de valentía. Me dijeron que vendiera "LA TRIBUNA" clandestina en pleno Jirón de la Unión. Así lo hice. Vendí cien ejemplares y nunca sentí tanto terror como en ese atardecer. No recuerdo si las regalé, pero lo cierto es que cumplí con mi tarea.

Controlaron la efectividad de mi labor. Dos compañeros del Comando de Acción siguieron mis pasos. Vieron que tenía "**pasta**". Me recomendaron para trabajar en propaganda. Me pusieron en contacto con un eficiente líder de la FAJ y éste me llevó hasta donde Luis de las Casas. En una estrecha callejuela me juramentaron. Habían cinco jóvenes apristas con camisas azules. Me juramentaron con manifiesta teatralidad. Leyeron al parecer un Código en el que se decía que "**la**

traición se pagaba con la muerte". Y juré lealtad por los mártires del partido. Me hice militante de la juventud!

Cuando volví a ver a Haya de la Torre había pasado un mes. Fue con motivo de preparar una serie de acciones callejeras para agitar Lima y obtener al libertad de los compañeros presos y en huelga de hambre en "El Frontón". Haya nos arengó hábilmente. Tuve ocasión de volver a mirarlo. De estudiarlo. De contemplarlo hasta la saciedad. Pese a mi lealtad a la causa la punzante pregunta de saber si éra o nó pederasta me dominaba. Yo sabía que la respuesta tenía que encontrarla en él mismo. Y lo sabría tarde o temprano. Un hombre por más simulador que fuere, por más genial actor que sea, a la larga, su costra aparece. Y yo tenía que saberlo aunque me pasare la vida a su lado.

Me habían dicho de él era de la **"vaina".** Que le gustaban los muchachitos para hacerlos sus amantes. Que Jorge Idiáquez era su virtual marido. Que la vida heroica le había hecho surgir esa desviación sexual. En fin, me habían contado la vida y milagros de este hombre tan discutido y tan vejado.

Alberto Hidalgo, la lengua más mordaz de América Latina, le había contado a algunos estudiantes universitarios, que estaban matriculados en Buenos Aires, que Haya sufría de un defecto incurable y que, por tal motivo, el aprismo estaba **"salado".** Alberto Hidalgo seguía siendo un líder aprista y su grave acusación no podía desestimarse ni ignorarse. El afirmaba que a Haya **"lo perdía siempre el ano".**

Pero Alberto Hidalgo también decía que Luis

Alberto Sánchez era homosexual y que la primera vez que se lo presentaron Sánchez le rindió pleitesía mirándole la bragueta. Y Luis Alberto podrá tener de todo; puede ser un pícaro de siete suelas o un hábil comerciante en fierros; pero de rosquete no tenía nada!

Había, pues, que tener mucho cuidado con las afirmaciones de Hidalgo que, por cierto, acusaba a todos para afirmarse él. Como buen imaginero veía maricas en todas partes acaso si con sospechosa reiteración. Si Haya era de la "**vaina**" había que constatarlo de facto y de jure. De facto en el sentido de que el que esto relata fuera tentado por Haya y de jure si las pruebas tuvieran la legalidad de una constatación irrefutable. Es decir, de ley.

•

Al mes que volví a encontrarlo le miré con otros ojos. Pese a mi cariño por su causa no dejé que aquello me impidiera tener la cabeza fría. Dicen que el hombre se pinta entero en los momentos difíciles. Al hablarnos con emotividad incomparable la genuflexión de su voz estuvo a punto de darme una pista del buscado secreto. Cuando aflautaba su hablar tenía indicios de algo que lindaba en la feminidad, pero, me dije: ¿quién no los tiene? Hasta el más pintado de los hombres tiene un tanto por ciento de hembra. ¿No estamos hechos de mitad y mitad en la vida intrauterina, cosa que se proyecta para siempre como ancestro inocultable? Es el ejercicio de la vida y el intercambio sexual entre contrarios lo que define el sexo. ¿Y Haya, tiene mujer acaso?

Alí estaba nuevamente con su pecho ancho y atlético. De espaldas me daba la sensación de ser un boxeador. Al accionar sus brazos lo ha-

cía con prestancia casi estudiada. Eso sí, noté que transpiraba. Que al acesar lo hacía como quien comete un pecado íntimo. Es decir, lo hacía como si gozara sexualmente.

La nueva entrevista fue realizada en casa de Fermín Avila, una de las figuras serenas del Partido. Su casa estaba llena de colchones. Olía a paja fresca. Allí estaban los principales líderes obreros y juveniles. Haya sabía que si la manifestación central tenía éxito la dictadura de Benavides cedería un poco.

"Necesitamos reforzar la maquinaria clandestina del partido. Necesitamos preparar la insurrección armada —dijo con énfasis singular y diabólico—; necesitamos rescatar cuando menos el veinte por ciento de los mejores compañeros.

'El Comando de Acción que está bajo las órdenes del Mayor Villanueva espera que ustedes cumplan con esta acción política que servirá de preámbulo para ir hacia el levantamiento. Las órdenes específicas las dará él mismo. Sólo les pido que, en esta hora difícil, ustedes se multipliquen. Quien sabe si con esta acción empiece la liberación que tantos años hemos venido buscando".

Transpiraba copiosamente Haya de la Torre. El calor del ambiente más el olor de la paja fresco daban un extraño perfume agrio a la reunión. No sé si todos repararon en ese detalle, pero lo cierto es que había algo raro en aquel cuarto. Y Haya también lo sabía.

Después le acompañé hasta su carro. Me invitó a subir en él. Dentro del automóvil se encontraba Juan Mac Donald y Oscar Idiáquez. Me los presentaron. Haya les dijo que yo era una

buena adquisición para el partido y que podían confiar en mí

No se si le hicieron caso. Tuve muy pocas ocasiones de tratar con Mac Donald a quien consideraban el posible Secretario General del aprismo por sus innegables condiciones de agitador. Se decía que era uno de los ascetas del movimiento. Un puritano sin paralelo. En cuanto que Oscar Idiáquez siempre fue un hombre callado. A este último le ví varias veces después, ya en la prisión como en la clandestinidad.

En el auto me senté junto a Víctor Raúl Haya de la Torre. Tuve ocasión de rozarlo con mi cuerpo. Sentí el calor de toda su humanidad. Puso su brazo en derredor de mi cuello y me palmeaba en el hombro con cariño, pero indiferentemente? Lo hacía mecánicamente? Pensando en otras cosas? Tuve la sensación de que sus movimientos eran estudiados. Precisos, mecánicos, pero para no convencerme.

Se despidieron los otros acompañantes y me quedé a solas en el carro con Haya. Jorge Idiáquez nos condujo hasta La Herardura. Detuvo el auto frente al mar, sobre un lugar oscuro y silencioso. Bajamos y aspiramos hondamente el viento del océano. Al fondo se divisaban las pequeñitas luces de la isla del Frontón. Haya me dijo entonces:

"Me siento culpable cada vez que miro esas lucesitas En cada una de ellas veo a los hombres, que agonizan por el amor al partido y a la patria. Es difícil traducir el pensamiento de un hombre que tiene el sentido de la responsabilidad, tanto como jefe, como un padre. Yo me siento padre de todos ellos. De tí, de todos los muchachos que en lugar de alegrías tienen que luchar por su Pa-

tria cautiva. Ustedes significan para mí los hijos que no pude tener, porque hasta en eso la vida me fue dura. . ."

Luego estuvimos caminando un largo rato mientras me llevaba del brazo. Estaba triste ese día. Se notaba que sufría por algo, por los presos, por todo. Que sufría por mis sospechas o quién sabe por qué. El auto estaba a unos cincuenta metros. Su tristeza me puso en guardia. Me apretó fuertemente el brazo y deteniéndose me espectó:

"¿Qué pretendes al ingresar al partido? ¿Qué buscas observándonos tanto? ¿Crees falsas nuestras ideas? ¿A quién sigues con curiosidad manifiesta? ¿O es que deseas asesinarme? Luego se soltó y me dió la espalda. Las sombras de la noche hacían que su cuerpo sobresaliese tal si estuviere tatuado en el aire. Se bamboleaba al caminar. Sus pasos fueron firmes. Luego, al llegar al automóvil jiró en redondo y se detuvo a contemplar de nuevo la isla. Me había olvidado. Junto a Idiáquez volvió a tomar su acostumbrado aplomo.

Trepé al carro. Me arrinconé como pude mientras que Víctor Raúl se ubicaba en el otro extremo, silenciosamente. Jorge prendió el motor. Las luces abrieron dos forados claros a lo largo del mar. La tristeza de Haya se expandió en todo cuanto miraba. ¿Descubierto?

Vaya uno a saber. Pero creo que nadie sabe a ciencia cierta qué es Haya. Hombre. Frustrado varón. Padre. Madre. Cosa integral. Ahí estaba sujetándose la nariz tal si quisiera detenerla en su crecimiento. El seguía mirando el mar. Quise hablarle. Decirle que me agradaba su compañía, que lo único que me interesaba en esos instantes

eran los compañeros que estaban presos. Nada más. Que para mí no tenía importancia fuera o no marica, u hombre tallado en la historia, o traficante de las ideas gloriosas de mi patria. Deseaba ser bueno con él esa noche. Creí entenderlo en su dolor de hombre mitad-dios, mitad-mujer, mitad-nada. Pero hablarle significaba romper el encanto. El era así; había que aceptarlo tal cual era. Como lo aceptaba Jorge Idiáquez y los compañeros. Rosquete o no, lo cierto era que estaba junto a un gran hombre. A un hombre triste, dolorido y sólo. Abandonado porque todos le tenían desconfianza o envidia. Yo sólo quería saberlo en su secreto. Amarlo má sallá del sexo y de la gloria. Verlo y defenderlo aún cuando dijeran que era maricón. ¿Maricón, y qué? Ocurre que vivimos en una sociedad artificial en donde la varonía como el honor están sujetos de pequeñas telitas —rotas al fin y al cabo— pero que constituyen la razón de ser de los cretinos

Quise decirle todo aquello. Que para mí su fuerza estaba más allá del sexo. Que él se pertenecía a un pueblo y, los pueblos no tenían sexo; sólo la esperanza y ansiedad. Sin embargo, hablar es fácil adentro, en el pensamiento, pero es difícil traducirlo para afuera. Y guardé silencio con miedo. ¿Se enteraría Jorge de lo que yo ospechaba de Víctor Raúl? De ser ciertas mis dudas la pistola de Idiáquez estaría presta a quemarme. ¿Sospechaba él también? No lo supe jamás. Sólo el camino se nos hizo largo. La noche se aventaba sobre nosotros como una pesadilla inexplicable Haya en el rincón derecho rumeaba su dolor o su palinodia. Apóstol o combatiente, resumía algo yo que no entendía. Allá él, me dije tontamente.

Dejamos atrás Barranco. Idiáquez seguía imperturbable manejando el vehículo bicolor que usaba Haya. La ciudad confiada a la policía dormía plácidamente mientras nosotros, confundidos o sabihondos, proseguíamos en un silencio absurdo. Posiblemente Haya me ignoraba ya. Posiblemente había soltado esa frase como una cuestión de rutina. ¿A cuántos otros se la había dicho? ¿Me estaba probando? ¿O, efectivamente, sólo fue una alucinación de mi afiabrada cabeza?

Al llegar a La Victoria el Jefe me dijo que les indicara dónde debían dejarme. Les dije que mis padres vivían en los Barrios Altos y que si deseaban podían dejarme en la Avenida Grau que yo después caminaría. Sonrió Haya y tendiéndome su mano me dijo que Armando Villanueva me buscaría en breve para darme una tarea especial.

Al despedirme de ambos me quedé con la impresión de que les había caído bien. No recuerdo qué cosas dije al retirarme. Recuerdo sí que el Viejo me apretó la mano con singular fraternidad.

El carro se fue veloz como un relámpago. No tenía placa visible. O si la tenía la llevaba semiborrada.

Me quedé pensando conmigo mismo. La cruel interrogante se me había cruzado entre ceja y ceja. ¿Era o no era?

— III —

Un año me pasé fisgoneando. Hablé con muchos estudiantes. Con obreros. Con intelectuales. Hablé con gente que vivió cerca de Haya. Me enteré de asuntos que hicieron aumentar mi horrible curiosidad. Debo decir que hubo semanas enteras que me olvidé de Haya como hombre. De Haya como santo. Para mí él pasó a ser algo así como un mito, y, como tal le quité el sexo. Lo dejé para el tiempo lo de su debilidad o su fortaleza. Pero me enteré ,también, de cosas muy interesantes. Comprobé que Haya admiraba a elementos que ejercitaban la homosexualidad. Que sentía simpatía por Manuel Prado y Pedrito de Osma. Que tenía un buen concepto de Marianito Prado. Y que le había causado gracia el hecho de que un compañero —ya muerto: Paquio Dañino— dijera que sentía orgullo de ser homosexual. Por lo demás supe que a los maricas les dispensaba singular amistad o conmiseración; no lo sé.

Supe que a Haya de la Torre le disgustaba que los compañeros se casaran ,pero alegaba que aquello restaba elementos para la lucha. 'Un hombre casado es un combatiente perdido. Se cuida más'', decía y con justa razón ¿Eso era indicio de que le gustaran los hombres?

Le oí decir con indignación que la juventud no debía prodigarse sexualmente porque aquello era como malbaratear la vida. El semen —decía— es lo más valioso que tiene el hombre. Crea vida. Hay que saberlo administrar. Sólo se debe fornicar cuando hay plena identidad con el ser que

se ama. A lo sumo hay que hacerlo por higiene. "Necesito soldados, no licenciosos". ¿Qué quería decirnos con ello? ¿Cuidarnos como posibles amantes o hacernos un servicio como seres vivientes? Supe, después, que hablaba así por su temor a que los jóvenes devinieran en "masturbadores o cabrones". —Nos aconsejaba siempre que no disipáramos tan valioso capital. "Aprendan de mí", nos dijo un día. La frase le impresionó a Julio Garrido Malaver. Recuerdo que la expresó en el Paseo de la República una noche en que, sin querer, la policía había descubierto que dos de las mejores bases quedaban ubicadas en una de las esquinas del Jirón "20 de Septiembre".

Vino la campaña electoral de 1939 y Manuel Prado llegó al poder. En esos días la febrilidad del Jefe del apra fue en aumento. De la conspiración se pasó a la lucha electoral después del fracaso de la revolución del General Rodríguez. El que esto relata estuvo presente en una de las reuniones secretas del General Rodríguez con Haya de la Torre. Había llegado sólo, sin su aparato de vigilancia. Habló con Haya largo. Varias fueron las ocasiones que se vieron. Al General Rodríguez le oí decir que Haya no era un homosexual. "Es todo un hombre", dijo. Yo no se si impresionado o no por la personalidad del Jefe del apra o porque éste le había ofrecido todo el respaldo del partido.

Muchas veces ví a Idiáquez. Conocí a otros severos militantes del apra clandestina. Me impresionó sobremanera la lealtad de un hombre sencillo y fraterno como pocos: Leonidas Gonzáles. De él aprendí que la vida es bella sólo cuando se ama a los demás. Descubrí que el aprismo era

una cosa informe, que tenía de todo, de comunista como de cristiano, de socialista como de protestante, de gandiano como de revolucionario. Es que el apra era la dinámica de los hombres que la dirigían en esos instantes. A Haya no le interesaba que fueran doctos, sino que actuaran disciplinadamente; lo dijo siempre: 'Necesito soldados, antes que intelectuales. Hay que combatir no dialogar'', afirmó.

Empero a medida de que mis contactos con el Jefe del partido eran más contínuos, por otra parte mi pensamiento se alejaba de su curiosidad inicial. Se estaba operando el siguiente fenómeno: cercano a él no le podía descifrar ,era muy fuerte su influencia. Lejano de mí podía analizarlo mejor.

El Jefe se comportaba correctamente con las compañeras. En la intimidad, sin embargo, tenía duros reproches para ellas. No compartía la idea de que eran excelentes propagandistas. "Sólo para economistas, sirven", acentuaba. Pero frente a ellas sabía sacarles partido y precipitarlas a la acción. La compañera Camusso —que fuera la que destronó a Magda Portal del corazón de las masas femeninas apristas— se quejaba de la tiranía y la prepotencia de Haya en cuanto no les daba mayor "chance" en la organización insurreccional. Sus celos no fueron jamás de tipo sexual sino de orden burocrático.

Se me hacía cada vez más confusa la personalidad íntima de Haya de la Torre. De cerca jamás se le puede conocer bien. Es aplastante su personalidad. A su lado desaparecen las formas humanas, todo lo engrandece y hace que los defectos se empequeñezcan. Si defecto suyo es ser

un extraviado sexual, a la larga su delito es tolerable si medimos la grandeza de su capacidad de lucha por un destino mejor para sus partidarios, reflexionaba por aquel entonces.

Durante el año que le ví pude entresacar que la predilección por los muchachos frescos y valientes tenía una relación en cuanto significaban carne nueva para la lucha. Creía con razón que los muchachos atléticos siempre tienen un sentido deportivo de la lucha. No creía que fuera porque le agradaban como hombres o como machos. "Para Haya el sexo tiene sólo una impotrancia secundaria" ,me dijo Debarbiere un día en la Universidad, luego que hablamos de la inquietud de Haya por los nuevos cuadros. Tenía, naturalmente, sus inclinaciones por los más fuertes y, acaso por los bien parecidos. " Es una cuestión estética ", agregó Augusto Bedoya que participaba de la plática estudiantil en plena pila de San Marcos.

Estética o utilitaria lo cierto es que su predilección despertó celos entre los favoritos. No sabemos qué oculta satisfacción sentía Haya cada vez que un nuevo combatiente se le acercaba para reforzar la lucha. ¿Secreto inconfesable o cariño de hombre superior? Lo innegable es que, durante ese año del que hablo. fuí uno de sus escogidos, acaso al que más prodigó su ternura de fallido padre. Recuerdo que me habló de un hijo suyo que tuviera en la Unión Soviética. "A lo mejor ha muerto en esta horrible guerra", me contó posteriormente. ¿Sería verdad tal afirmación? . .

No olvido esto que apuntó con franqueza: "admiro a Stalin por su genialidad. A él se debe la actual grandeza de la URSS. Quisiera decirlo a todos, pero se nos vendrían encima. Yo

amo la revolución socialista que se está operando en Rusia. Lo que está sucediendo en ella debe servirnos de orientación para no cometer sus errores. Discrepo tan sólo en que Stalin ha deshumanizado la contienda revolucionaria.

Y aprendí, entonces, a querer a la Unión Soviética por boca del propio Haya. Me fue ganando más cada día para su intimidad. Y cada vez más fuí comprendiendo la tragedia de este hombre sólo, abandonado por todos, sacrificado en su intimidad por el mismo, o traumatizado por un secreto que hasta hoy nadie sabe, o que en verdad no existe sino en la mentalidad inquisitiva de todos y de la mía ,también

Durante ese primer año fuí ganando posiciones dentro de la organización del PAP al punto que llegué a conformar parte del Comando Nacional de Acción y que se me asignó un cargo de responsabilidad cercano a la Jefatura del movimiento. Mi jefe inmediato fue Idiáquez. Entre el equipo cerrado y disciplinario que rodeaba al Viejo estaba el gordito Aldana, Martínez Merizalde, el negro Collantes, Lucho Cáceres y otros que tenían acceso a la base del Jefe y que podían llegar a ella en cualquier hora del día o de la noche. Muchos de ellos dormían en la casa en que Haya estaba oculto y se turnaban en la vigilancia para cuidarlo. Todos estaban armados. Y todos ellos guardaban profunda estimación y respeto por Víctor Raúl. Jamás oí una sola broma al respecto. Decirla hubiere sido caer en desgracia. Guardaban fanatismo por Haya y estaban listos a morir en su defensa.

Supe, asimismo, mucho de la vida secreta de Haya de la Torre. Una vez le ví en coloquio amo-

roso con Anita Billingursht. Hasta les ví besarse. Gustavo Valcárcel y Willy Carnero son testigos de lo que afirmo. Ellos fueron quienes llevaron a la Billingursht hasta la base en donde la esperaba Haya. ¿Hubo en verdad un serio romance entre ambos o fue una gran simulación el amor que demostraban tenerse? Alcides Spelucín nos dijo, en esa ocasión singular, que Haya estaba por romper con Anita pues se había enamorado locamente de una simpática y fina profesora. Yo conocí a esa profesora. Incluso le oí quejarse de la frialdad amorosa de Víctor Raúl. Jamás le ví un rasgo de especial interés sexual por esa mujer. Demagogia o no, lo que si se puede asegurar es que el pretendido romance de la profesora y Haya duró creo, dos o tres meses.

Mas adelante tuve oportunidad de charlar con Anita. Hablamos largo sobre el Jefe. Ella hablaba de él como quien relata algo que sólo tuvo intención. No pude arrancarle nada a Anita. No quiso decirme siquiera si él le había confesado su amor, su enamoramiento. Le inquirí por si tenía en sus manos alguna carta de amor. Si le sentía alguna vez como enamorado. Anita sólo me contestó con evasivas.

Alcides Spelucín nos contó, después, que él había visto fornicar a Víctor Raúl. ¿Recuerdan ustedes —nos preguntó— lo de mi persona a la Nave Dorada? Quiso decir que al verlo desnudo de las partes pudendas se había inspirado en ellas. Al menos, si fue broma, la dijo con picardía que nos hizo reir. La víctima del acto carnal parece que fue la profesora. Pero la profesora nos dijo que ojalá aquello hubiere sido cierto para satisfacción suya porque estaba profundamente enamo-

rada de Víctor. Pese a esa negativa yo creo que nada hubo entre el Jefe y la profesora. O fue algo que sucedió exprofeso como para que nosotros nos enteráramos de ello para conjurar alguna sombra de duda. Además, en esos días, había recrudecido la campaña en el sentido de que Haya había sido sorprendido infraganti con un joven en una playa haciéndose el amor. Que Haya actuaba pasivamente. No pocos aseveran que también lo ejercía con Spelucín.

Sospecho que Anita le habló a Villanueva del Campo de mi curiosidad por la hombría del Jefe, ya que aquél, apresuradamente, me invitó a su escondite a fin de poder hablar largo y tendido. Acudí a su base y durante una larga semana trató por todos los medios de disipar cualquier sombra sobre la conducta sexual de Haya. Me convenció de que el Jefe era una persona normal. Que él sabía a ciencia cierta que Anita era su mujer y que incluso estuvo a punto de casarse.

Un día de estos te convencerás con tus propios ojos, pues el Jefe quiere que tú seas uno de sus hombres de confianza. Irás a su casa y serás uno de los que le cuidarás con tu vida. Sabrás, entonces, la calidad de hombre que es; no te arrepentirás. Pero debes quitarte de la cabeza aquella infamia que has oído en la calle. Haya es todo un varón. Un santo, si lo deseas. Los enemigos de nuestra causa le atacan así porque ha resultado ser un hombre incorruptible a las acechanzas de la oligarquía. Le atacan para destruirlo moralmente. El arma que usan es miserable. Nosotros no podemos responder sino de una sola manera: difundiendo más su doctrina, su fe, su ideología. Nosotros no podemos mostrar el cobre,

Tenemos que elevar siempre el debate. Sólo a los miserables se les ocurre hacer girar todo en razón del sexo o del ano de Víctor Raúl. Hay un hecho justo que agregar en este acápite: ¿es verdad que fue un hombre incorruptible a las acechanzas de la oligarquía?

Me pues, contento cuando me enteré que iría a prestar mis servicios revolucionarios en la base en donde se encontraba oculto Haya de la Torre. Esa sería mi gran oportunidad. Verlo y analizarlo en la intimidad de su casa, de su cama, de su cuarto. Ahí le vería desnudo de cuerpo y de alma. Lo que no pude descubrir durante mis observaciones en la clandestinidad lo lograría en su propia casa. Nadie ni nada me impediría cerrar los ojos a la verdad. Si descubría yo sería el primero en divulgarlo, sobre todo por la responsabilidad que había asumido Haya de la Torre al declararse Jefe de la revolución peruana y latinoamericana. Un homosexual no podía dirigir tan grande campaña so pena de desbarrancar el movimiento. Los maricas no pueden dirigir la guerra porque se rinden ante los hombres. Yo sabría si Haya era o no del otro equipo. Y aunque llorare al descubrir la infamia mi corazón tendría el valor de sacudirse y dejar atrás la brutal engañifa. Caso contrario lo diría todo y defendería el honor de este hombre tan denigrado. Villanueva del Campo me había facilitado la ocasión de estar cerca de Haya y sabría aprovecharla bien, ya que saciaría mi curiosidad y le haría un servicio a mi Patria.

¿Cuándo llegaría el día de mi incorporación a la base de Víctor Raúl? Cuando me ví con Jorge Idiáquez él me ratificó lo dicho por Villanueva, Por cierto que me dijo que sólo llevara lo in-

dispensable para permanecer dos semanas "fuera de Lima". Esta era la primera vez que me enteraba que Haya no permanecía en Lima durante la clandestinidad sino que salía de la capital ¿Dónde? Ya lo sabría. Era cosa de aguardar unos días más ya que dos de los hombres de la más absoluta confianza de Haya me habían escogido como leal para el cuidado del Jefe.

Llegar hasta la base de Haya significaba un privilegio de vida o muerte. El escogido estaba sometido desde ese instante a dos fuegos: el de la policía secreta y el del partido. La menor falla y ¡zas!, la muerte como premio. Evidentemente la espera se me hizo larga, difícil y me llenó de miedo y de angustias. ¿Saldría con éxito de mi empresa?.

— IV —

La primera semana de mi permanencia en la base particular del jefe del aprismo fue para mí inolvidable. Si bien era cierto que en nada había progresado en mis investigaciones particulares, pese a que le ví varias veces desnudo y tendido junto a nosotros, por otra parte descubrí el carácter íntimo de este hombre. Me dí cuenta de que vivía en función de su persona y que en nada le importaba los demás. Seguramente por su inagotable capacidad de trabajo nos mantenía a todos en una constante carrera de actividad rayante en el abuso. Como dormía poco —cuatro o cinco horas diarias — nos sometía a todos a la tortura de no dejar-

nos dormir y si dormíamos teníamos que hacerlo cuando él lo hacía. Se invirtió nuestra vida. Apenas nos acostábamos a las cinco o seis de la mañana el propio Haya nos despertaba a las diez u once de la mañana.

Luego, en la base nos obligaba al estudio. No permitía que cometiéramos la menor equivocación. Era muy exigente en la corrección de los trabajos de imprenta. Aborrecía a los que osaban discutirle. Era todo un dictador. Cuando alguno de nosotros perpetraba un deslíz se aferraba al error y lo ponía en ridículo. Y nos martillaba día y noche hasta hacernos la vida imposible. Estar junto a él significaba un castigo. Pero aprendíamos. ¿Era ese su plan de trabajo? ¿Quería probarnos que él era un predestinado? El precio que pagué esa primera semana fue demasiado.

Mis observaciones pueden resumirse como siguen: comprobé que era vanidoso en grado sumo. Que en lo íntimo era un desorganizado. Tenía en su cuarto un desorden de los mil diablos. Libros tirados hasta en el suelo. Sobre la mesita de noche habían más libros con marcadores. Tenía la costumbre de leer al mismo tiempo tres o cuatro libros diferentes. Dijo que lo hacía por higiene mental. Al mismo tiempo que leía a Spengler consultaba con Arciniegas y también leía obras de teatro clásico. Los periódicos adversarios los curiosaba con avidés infantil y gozaba cuando le atacaban o hablaban del partido.

Era colérico en grado sumo. Su palabra favorita contra sus adversarios era: "hay que aplastarlos". No pocas veces sus más allegados tomaron la frase como un directiva implacable. La sangre corrió como consecuencia de estos alardes in-

contenibles: "ríos de sangre; chicharrones gigantes..."

Nosotros teníamos que guardar absoluto silencio mientras él trabajaba. Comía mucho. Le agradaba con exceso la fruta. Los mangos eran su locura. Se duchaba dos o tres veces al día o en la madrugada. Hacía ejercicios violentos. Levantaba pesas. Escribía horas de horas. Artículos contra él y otros a su favor. Tenía varios seudónimos. Mantenía correspondencia con casi todo el mundo. Nunca supe cómo se las arregló para escribir cartas hasta del Japón.

Cuando escribía algún artículo nos los hacía leer y pasar en limpio y se arrullaba cuando comprobaba que había estado certero y feliz en alguna cita. Su maravillosa capacidad mental hacía que una sola idea tomara cien formas diferentes, al punto que un mismo artículo lograba darle tantas vueltas que parecía ser distinto al otro. Al respecto tenía una gran memoria y me consta que podía repetir textualmente discursos que él improvisara en alguna reunión clandestina. Según me dijeron ,también practicaba el yoguismo. Por algo se pasaba horas enteras mirando un punto fijo sin que le viéramos mover un sólo músculo del rostro. Así cultivaba el dominio de sí mismo. Templaba su voluntad al máximo.

Algunas veces se levantaba de buen humor y se chanceaba con nosotros. Sus bromas eran ingénuas muchas veces empero, se las aplaudimos. Noté que su vanidad se sentía herida si hablábamos de otro líder político. Tenía que ser siempre él el centro de toda reunión. Debíamos estar siempre muy atentos a lo que decía porque podíamos caer

en desgracia. En la base él era un rey implacable con posturas de mujer insoportable.

Pero también gestos suyos de gran generosidad. Tenía presente la pobreza de todos los compañeros. En navidad clandestina él repartía juguetes personalmente a los niños pobres, en los oscuros callejones de Lima. Siempre se quedaba sin dinero por repartirlo a todos. Muchas veces le ví quedarse sin un cobre por gastarlo en la actividad del partido. No puedo olvidarme jamás los dos días que tuvo que guardar cama porque su terno fue empeñado para que comiéramos los de su base. Claro que este gesto fue bien explotado por todos nosotros. Sirvió de propaganda y dió un buen resultado; los compañeros hicieron colectas y nos hicieron llegar dinero en abundancia. Aprendimos el truco y soltábamos la versión de que el Jefe otra vez guardaba cama. Otros compañeros desleales aprendieron nuestra mentira y se llevaron el "Cristo y la limosna".

Nunca fuí feliz cuando me tocó estar en la base con Haya de la Torre Siempre nos resultó una tortura el hecho de cuidarlo y protegerlo. El sabía que temíamos por las guardias; pues las acortaba para que pudiéramos estar de nuevo junto a él. La prisión era a veces un alivio para la agitada vida de quienes teníamos peligro de estar junto a él. Muchas veces ví llorar a compañeros y quejarse de la tiranía de Víctor Raúl. El se justificaba cuando se ponía en plan de rector de la Patria. Por la Patria nos semetía a la tortura de su desprecio y de su superioridad. Nos refregaba a cada instante nuestra incultura. Nos exigía fuéramos como él.

¿Qué escondía este hombre y qué perseguía exigiéndonos tanto, si casi todos éramos unos niños? Lo único que sé es que Haya me fue temido é insoportable su majadería de querer hacernos a su imagen y semejanza. La cólera que aquello me produjo, me hizo olvidar de mi propia investigación. Un hombre cruel en la intimidad puede ser capaz de todo, me dije. Pero de ahí el hecho de haber comprobado que era maricón, quedaba mucha distancia. Jorge, entre tanto, seguía a su lado imperturbable. El trataba siempre de consolarnos, diciéndonos que él se comportaba así cuanto más nos quería. Y, por cierto que, según ello, nos quiso demasiado!

....Durante esa primera semana jamás nos habló con ternura. No tuvo una sola frase de cariño para los que estábamos en la base. Todo lo contrario sufríamos y pagábamos la cuota de nuestro privilegio en acompañarlo. Y pensar que miles de nosotros ofrecíamos nuestros pechos juveniles para defender la existencia de este hombre intransigente, indomable, indisciplinado, agitador e inefectivo.

No se puede negar que no se trata de un hombre diferente. Lo fue o lo es, lo mismo da. Supo darle disciplina a un gran pueblo. Pero ese pueblo era supuerior a él, primero por su capacidad de resistencia y, segundo, porque nuestro pueblo es el pueblo más bueno de la tierra. El quiso llevarlo hacia la gloria del combate. Quiso imitar a Mussolini pero nuestro pueblo no lo acompañó e hizo bien. Puso demasiada teatralidad en su vida y se quedó sólo. Actuó como Stalin en pequeño. Se deshumanizó. Enfrentó unos a otros y se quedó sólo.

Y ahí, cuando estuve la primera semana junto a él comprendí que Haya jamás llegaría al poder. No le gustaba pagar con lealtad a sus compañeros. Razón esta para que el aprismo estuviera siempre condenado a no poder cobrar. Haya impuso al partido una dinámica no ajustada al comportamiento del pueblo y de la gente humilde que conformaba la fuerza del movimiento. Y tuvo el destino que hoy todos conocen: vergonzososo tráfico con los caros anhelos de liberación socio-económica!

Fue una semana tremenda, agotadora. Puedo decirles que en todas partes me dormía. Que el sueño era superior a mis fuerzas para acompañar a ese gran artista. Yo lo que quería era descansar. Si la policía nos hubiese descubierto en la base estoy seguro de que mi cansancio físico me habría obligado a levantar mis dos brazos en alto en son de rendición. Yo lo que quería era dormir y nada más. Haya me obligó a olvidarme de mi Patria porque quiso templarme más de lo debido. Creo que allí surgió mi primera discrepancia con este hombre contradictorio y difícil, único y salvaje.

Comía como un toro. Su fortaleza física era envidiable. ¿Qué hacía para mantenerse siempre en forma? ¿Cómo iba a ser "rosquete" este hombre que nos vencía a todos? Los ejercicios violentos que efectuaba, los saltos, el levantamiento de pesas y las flexiones le habían hecho desarrollar una inmensa caja toráxica y perder grasa en el vientre. Su delirio era verse siempre atlético. No podía permitir que la grasa invadiera su vientre. Nos dijo que un hombre barrigón estaba perdido frente a la belleza ágil de la revolución. No

puede concebirse un revolucionario con más de cien kilos de peso, como tampoco puede concebirse o es contradictorio que un poeta pese cien kilos; los años ya han demostrado los desastrosos resultados de su continencia sexual. Haya, hoy, es u nobeso.

Comprobé que tenía un defecto imperdonable: por una frase feliz que le brotaba era capaz de cambiarlo todo. Una frase para él valía más que un amigo o un compañero. Reconozco una virtud en Haya: cuando habla va creando. Su oratoria es como los versos de un poeta inspirado. Va creando siempre. La ventaja de él es que luego recuerda textualmente su propia creación. Le gustaba oírse. Le agradaba sentirse escuchado. Creo que esa era una forma de masturbarse íntimamente. Su abundante transpiración era el resultado de esa extraña eyaculación mental.

Después de esa primera semana la vida se me hizo más tolerable junto a él. Mejor dicho me fuí amoldando a su existencia y a respetarlo en todos sus caprichos y crueldades. Al ver que se estima y quiere uno debe tolerarlo al máximo. De este modo la vida me fue más sencilla y fuí conociéndolo mejor. Este genial artista no podía amar a una mujer o a un hombre tan sólo; había nacido para amar a miles de mujeres y a miles de hombres. Era, pués, un hombre sin sexo. Un caso raro entre nosotros. O incluso un tipo especial de hermafrodita que se autoabastecía sexualmente. ¿Y si era un gran onanista? Del baño siempre salía con tedio. Tenía un pene demasiadamente reducido.

Le gustaba hacerse lavados intestinales. Tenía su irrigador siempre a la mano. A la semana

se aplicaba una lavativa. Explicaba que así lograba arrancarse miles de toxinas adheridas en los intestinos, pero no constituía prueba alguna de placer sexual. El delgado bitoque no era pieza suficiente como para contentar a hombre tan voluminoso por fuera y por dentro.

Cuando salíamos de la base se transformaba ,era casi otro ser. Volvía a ser gente fraterna. Ante los demás sabía darnos un lugar de preferencia. Hablaba muy de nosotros y nos realzaba como posibles futuros jefes del movimiento. Allí volvía a reconciliarme con él al punto que me olvidaba de todo. Volvía a amarlo, con indecible digndad. Parece que él sabía manejarnos espiritualmente. Se daba cuenta de lo que acontecía en nuestro mundo interior. Según Jorge Idiáquez nos estaba preparando para el mando.

No recuerdo haberle descubierto más defectos. Si los tuvo se guardó muy bien de dárnoslo a conocer porque sabía muy bien que era observado. El sabía que junto a nosotros estaba haciendo historia y como tal tenía que cuidarse. ¿Mantuvo muy ocultos su amor por alguno de nosotros desde el punto de vista carnal? Recuerdo que él siempre tocaba nuestros músculos de los brazos cuando estábamos en pie y de las piernas cuando estábamos sentados. El suave apretón tenía signos de afecto y de caricias femeninas.

Cuando estaba junto a Idiáquez yo procuraba mirar hacia otra parte pero observaba bien de reojo a fin de descubrir un indicio. Nunca pude descubrir nada. Las relaciones con Jorge siempre fueron cordiales, de amigos fratenos, como de hombre a hombre. Creo que si existe algo incorrecto entre los dos sigue siendo muy disimulado.

Jorge Idiáquez lo atendió siempre personalmente. Le miraba siempre como a un dios. No he visto lealtad tan estrecha como la que Jorge dispensó a Víctor Raúl en los días más duros del aprismo. Esa lealtad no se da entre gente que se hace la "rosca". ¿Cabe una asquerosidad entre gente que tiene una misión sublime frente a su Patria? Yo creo que la lealtad de Jorge Idiáquez no era la de un marido, sino simplemente la de un discípulo frente al maestro que le enseñó todo y que le salvó la vida. Puedo estar equivocado.

En la intimidad Haya de la Torre siempre fue un hombre raro. No descubrí nada anormal en sus maneras. Ni un sólo gesto de feminidad ví en sus ademanes cuando dormía. Y conste, le ví dormir más de una semana cuando yo estaba también en el mismo cuarto.

Sus reacciones varoniles frente al peligro acabaron por etirpar en mi cabeza las sospechas de que fuera homosexual. Y conste, hablo de Haya de la Torre hasta 1945 No lo he vuelto a ver desde ese entonces. Ni me interesa ya su vida. El nos engañó espiritualmente. Nos dijo que amaba al socialismo pero ese amor lo negó siempre en público. Algo más, lo atacaba sin piedad. ¿Puede un hombre tener dos caras tan distintas? Si en la intimidad él se decía socialista y en público adjuraba de lo mismo, fácil es sospechar también de su vida íntima y secreta. Si ante nosotros aparentaba hombría bien pudo en la intimidad ser otra cosa. ¡ Quién lo sabe !

En su base jamás se habló de mujeres. Todo era razón de patria. Todo era en función de Haya de la Torre. El era el centro de nuestro mundo. Nuestras pasiones tuvieron que ser se-

pultadas en lo íntimo de nuestro corazón porque hablar de ellas en presencia de Haya era caer en desgracia.. "Manejar mujeres —decía Haya— es fácil, lo difícil es manejar hombres. Ustedes deben preparararse para manejar el país. Olvídense de todo aquello que los aleje de tan grande misión!".

~~~

— V —

Generalmente fueron los compañeros despechados quienes dieron pábulo a los chismes de la dictadura. Ellos decían, socarronamente, que habían visto a Víctor Raúl en "**coqueteos**" con uno que otro muchacho. También aseveraban, pícaramente, que Idiáquez lo mandaba como si fuera su marido. La prensa adversaria le colmó siempre de horrendos vituperios. ¿Aciertos o calumnias?.

Fueron largos los años que estuve junto a Haya. En las horas más duras, en las de alegría, en las abstinencias y en las que se bebió más de la cuenta; y en todas, en todas esas ocasiones, jamás ví algo que pudiera certificarme que Haya fuera un homosexual. El comportamiento de Idiáquez siempre fue autoritario, poco fraterno.

Idiáquez con responsabilidad de celoso guardián de la vida del hombre más buscado por las dictaduras tenía que protegerlo y llamarlo al orden porque, como ya dije, Haya siempre fue un desorganizado, un anárquico, le gustaba hacer lo que le daba la gana. Jorge tenía que llamarle la atención
~~~

para protegerlo y proteger el movimiento. Sabedor Haya de que Idiáquez estaba en lo justo acataba sus órdenes.

Nunca le ví tratar bien, amorosamente, a una mujer. Creo que en el fondo él siempre sintió un profundo desprecio por el sexo débil, al que catalogaba como rémora para la lucha. ¿Tenía razón cuando los mejores hombres de la causa y de la resistencia "se dieron de baja" por amor o porque se habían casado?

Recuerdo que en varias ocasiones le oí hablar con repugnancia de la suciedad de algunas mujeres que jamás se lavaban. No se si amó alguna. No se si es cierto que fornicó con alguna de ellas. Así como no le ví ningún acto homosexual, así también jamás noté en él alguna tendencia sexual hacia la mujer.

Seoane dijo una vez que Haya de la Torre era un hombre neutro. Que se autoabastecía, sin que insinuara fuera un onanista. Pero, luego agregó, que el fracaso político de Haya se debía a que le faltaba vivir junto a una mujer, para complementarse. Seoane creía que el hombre se hace más hombre todas las noches al acostarse con una mujer. Se complementa el buscado equilibrio.

Hidalgo, que es el primer detractor de la varonía de Haya dice que él tiene pruebas de su homosexualidad. Pero jamás ha mostrado alguna y las referencias que hace son todas de la etapa juvenil de Haya, cuando, al parecer, aún no se había definido sexualmente o tenía amaneramientos propios de su clase, ya que Haya siempre fue un niño-bien, un 'fuchi-fuchi". Hidalgo hasta hoy no ha aportado nada concreto al respecto.

Una cosa es decir barbaridades y otra sostenerlas a la luz de la ciencia y el debate. La mayor parte de los denostadores de Haya son gente que resultó a la postre enemiga política o rival en agitación. Ninguno con claridad supo decirme: "sí, lo ví besándose o acostado con tal o cual elemento". No. Sólo responden: "dicen que dicen".

Un fenómeno raro en Haya fue el siguiente, que me consta: que después de cada gran concentración humana en donde él hablara por más de una hora, despedía siempre olor a semen, como si hubiere ayaculado. De esto le hice hincapié a Idiáquez y él se sonrió. Creo que me dijo que Haya tenía por costumbre —en metáfora, agregó— fornicarse a las multitudes.

Y en verdad, no sé si por pa abundante transparación que Haya siempre vierte cada vez que habla a las mutitudes, yo he visto tanto en la espalda como en el pecho y en la entrepierna grandes manchas húmedas. Y que ellas iban acompañadas de cierto olor a semen. Creo que Haya eyaculaba frente a las concentraciones varoniles.

Hablé de esto con algunos compañeros de mi mayor confianza. Pero todos se rieron de la chanza. Creyeron que les tomaba el pelo. Sólo uno me habló de lo mismo, pero sin seriedad: el propio Jorge.

No se si porque su incansable actividad le agotaba o porque los ejercicios físicos le dejaban exhausto, lo cierto es que Haya tenía un raro control sobre su sexo, o no tenía sexo al igual que nosotros los hombres. Su comportamiento íntimo era correcto en sus relaciones para con nosotros. He dicho que siempre le observé como un investigador. Que mis observaciones jamás fueron sim-

ples, sino profundas. Después de muchos años de severa observación, le ví muy pocos gestos de homosexual y amanerado. O se sabía observado por mí o en su defecto, él no parecía maricón. Soy ahora su rival político, pero no puedo hablar como lo hizo Magda Portal y Alberto Hidalgo o tantos otros. Dicen que Magda respira por la herida y Alberto Hidalgo es un demente resentido.

En otra ocasión Willy Carnero y Gustavo Valcárcel me contaron que habían estado junto a Haya cuando Orson Wells le visitara en la clandestinidad. Y que el célebre actor de cine le había dicho a Haya que él tenía orgullo de ser homosexual. Y Haya se regocijaba con esa versión. Y que sentía placer el relatarla, tal si quisiera encontrar respaldo a su discutible proclividad.

Izaguirre y De los Santos me afirmaron que Haya de la Torre nada tenía de homosexual y que lo del sexo no tenía importancia para la vida de Haya a quien consideraban como un santo. Y los santos no tienen sexo. Ellos, sinceros apristas, se indignaron cuando el que esto relata les indagó con curiosidad por la vida íntima de Haya. Recuerdo que calificaron mi investigación privada como enfermisa y tendenciosa.

Les expliqué que saber lo que Haya era en la intimidad —la ley de la naturaleza— no era ninguna cosa rara, sino simplemente avidés por la investigación. Recuerdo que les dije que Haya tenía comprometido al Perú por sus ideas y que era correcto que quienes lo dábamos todo por seguirlo quisiéramos saber sí era un hombre completo, sin disminuciones. Porque la contrario significaba que sería brutal y trágico que los destinos de la revolución peruana los comandara un rosquete!

La respuesta nunca la obtuve seriamente. Heya seguía siendo el gran enigma en su vida íntima: homosexual o neutro; pero, hombre, "con su mujer a lado", en ningún momento. En cuanto a su conducta política, resulta innecesario comentarla.. El Perú entero ha presenciado el gran viraje ideológico del apra.

CONCLUSIONES :

Al relatar objetiva y sintetizadamente algunos aspectos de la vida íntima de Haya de la Torre, solamente me anima la verdad utilizada como instrumento para demostrar —en algún modo— el por qué de la postración o desviación del partido que fundara tan discutido líder. Cuando a parte de no tener la firmeza ideológica basada en la ciencia, clara e inconfundible, un movimiento político es conducido por un jefe de prácticas inconfesables, o de conducta o procederes diferentes a los de cualquier varón, no cabe duda alguna que a la larga o a la corta termina en el barredero de la historia. Este es el triste papel del partido que fundara Víctor Raúl. Un partido por el cual muchos ofrecimos nuestras vidas sin exigencias mínimas.. Un partido cuyas banderas enarboladas al tope tuvo la osadía de hacer flamear, como pregón para toda Latinoamérica, el derecho que tienen los explotados a su liberación definitiva. ¿Acaso por él no están regados de cadáveres los cuatro puntos cardinales de nuestra amada patria? ¿Acaso el Perú no estuvo en permanente guerra con los oligarcas extranguladores de su vida y de su hacienda? ¿Cuántas veces el pueblo fue víctima de los atropellos y las balas al servicio de los que hoy resultan "aliados" del partido? ¿Acaso no es verdad que el apra, bajo la dirección y complacencia de su Jefe, no volvió a imponer a un maricón en la casa de Pizarro? ....De dónde resultó un entendimiento de la noche a la mañana con toda la familia hereditaria de la más negra de las traicio-

nes al Perú? ....Qué significado tiene entonces la oculta amistad con los herederos del 79?.

Sí. Todo esto es inaudito. Imperdonable. Vergonzante. ¡Cruel!. Por tan tremendo drama vivido, ahora, desde mi humilde retiro político, me he decidido a escribir, no sin tener que apretar mi corazón, el relato de todo cuanto sé y puedo legar para la historia, de la vida íntima de Haya de la Torre, estrechamente ligada al fracaso del aprismo y a la postración revolucionaria de una gran masa, hasta hoy pugnaz e irredenta.

EXEAT FINAL

Sin embargo quedan unas palabras finales que decir. No todo está expresado anteriormente a este "exeat final", pues, como es dable suponer, en política los rumores y las calificaciones son parte de un caldo de cultivo que utilizan los interesados, con mayor o menor irresponsabilidad. No pueden dársele a los rumores carta de ciudadanía ni hacerlos documentos históricos para tener un juicio exacto, correcto y verdadero.

Con todo es obligación moral poner en conocimiento de los lectores lo que Alberto Hidalgo considera **como un documento histórico irrefutable e incalultable:**

Dice el poeta que **Abraham Valdelomar escribió** una carta personal en la que afirma que él **fue marido de Víctor Raúl** en los días de la juventud del actual jefe del aprismo. Y que no lo fue una sola vez, sino que sostuvo relaciones sexuales con Haya durante todo un caluroso verano.

Valdelomar sabrá porqué lo dice, sobre todo cuando no hubo presión para que escribiera lo que dijo. Seguramente quiso dejar un testimonio de sus asquerosas aventuras como quien cuenta una absurda broma de mal gusto. Allá él, pero los entendidos reconocen como verdadera la carta y afirman que Hidalgo no miente.

Nosotros suponemos que las aventuras del autor de EL CABALLERO CARMELO, por muy desvergonzadas que ellas fueran, tienen solo la importancia que Hidalgo le da al esfinter del jefe del aprismo. Que Haya sea o no del "otro equipo" o que figure en la lista de los pervertidos se-

xuales es cosa que no nos incumbe personalmente. Allá los apristas que lo siguen, aplauden y defienden Cuando Hidalgo dió a conocer la carta original ya ella era de su conocimiento; es decir que en cierto modo Alberto Hidalgo fue un convenido o un cómplice.

No sabemos qué persigue Hidalgo ahora cuando ya no es aprista. Si durante más de veinticinco años fue seguidor de Haya —y ya sabía que Valdelomar había sido marido de Víctor Raúl—, y no nos lo dijo, es cosa que él tendrá que explicarle al país. Máxime si como se sabe tampoco el poeta arequipeño tiene derecho a ocultar su vida privada.

Hidalgo tenía conocimiento de las relaciones ocultas de Valdelomar con Haya y, sin embargo, fue aprista y escribió poemas para el fundador del apra. Allá ellos. Nosotros sólo trascribimos los hechos de igual modo a como publicamos las confesiones del ex-militante aprista, autor de la mayor parte de este relato sensacional.

Que nuestros lectores, pues, juzguen y digan su palabra. ¿Agraviamos a la masa aprista con estos documentos? Dejamos sentado, de una vez por todas, esto: no tenemos la intención de hacerlo, porque para nosotros nada nos es más sagrado que el cariño de las masas populares. Somos escritores y como tales tenemos un deber ineludible. Y lo cumplimos con honestidad y limpieza. Eso es todo.

El presente Libro se terminó de imprimir, el 22 de febrero de 1963.